

# El espia en la terraza

Jack Andrew



# Capítulo 1

## ***El espía en la terraza***

El joven puberto, con sus cabellos revoltosos, cara grasienta, y manos peludas se encontraba en su habitación recordando a su vecina. El mismo ritual repetía todos los días en aquella larga cuarentena. Subía desde su cuarto a la terraza desde donde se veía el patio de la vecina, una cuarentona soltera que todos los días salía en malla a tomar sol. Y el joven, quien simulaba hacer alguna que otra tarea para no caer en la obviedad de sus intenciones, volaba dentro de su cabeza. El joven se veía conquistando esas cumbres, caminando por esos valles, adentrándose en esa cueva profunda y cavernosa, bebiendo las exquisitas aguas del oasis y finalmente explotando para trascender en cuerpo y alma hacia el infinito junto a su amada. Las miradas golosas eran rápidas, porque no se podía permitir ser visto por su deseada vecina, quien se volteaba en su reposera con salvaje aires de provocación. ¿Serían dirigidos a él los tan violentos movimientos? ¿Acaso la fantasía que invadía al joven tendría una luz de realidad? Realidad que no podía concebirse de otra manera que en absoluta complejidad con la solterona. Pero no. Era imposible que se crucen las miradas, el solo "acomodaba" las masetas y ella, imponente y sensual, posaba como la más hermosa de las modelos. Esas escandalosas prendas se postraban sobre el cuerpo de la mujer escondiendo de la vista voraz del muchacho aquellos bienes tan codiciados por él. Y luego de un rato observando aquel espectáculo corría a su cuarto, cerraba la puerta y daba rienda suelta a sus más descarnadas fantasías en compañía de sus manos inquietas. Y pasaban los días. Hacia esos días el mayor temor del joven era que la temperatura baje, impidiendo que la vecina salga a deleitar sin saberlo a aquel joven espectador. Y así fue que una de esas numerosas el jovencito se encontraba "acomodando" un limonero mientras babeaba viendo a la vecina con un hermoso bikini morado. Él se imaginaba saltándole encima, arrancándole la prenda e introduciéndose en el mundo interior de aquella hermosa dama. Esta vez fue demasiado fuerte. Aquellas montañas, símbolo del placer y deseo, se alzaban más imponentes que nunca contrastando con la pared blanca que les hacía fondo. Las gotas de sudor se metían por el cuello del joven quien no se podía rascar, porque sus manos oficiaban una inmoral y peligrosa tarea. Tal vez comenzó sin darse cuenta. Las ruedas giraban al ritmo del canto de los pájaros. La mirada no se podía mover de aquel espectáculo hermoso que la vecina propiciaba mientras que el chico se meneaba parado en una grotesca posición. La respiración entrecortada del joven se aceleraba, la bermuda que llevaba puesta, ahora se manchaba con la tierra del suelo. No se podía detener, no se quería detener. El cerro los ojos un segundo, el placer estaba a unos metros y una endeble cerca, y un extraño sentimiento de civilidad, le impedían poseerlo. Como un tigre se sentía, acechando a su presa. Y abrió

los ojos. Le faltaba poco para llegar la meta, y la respiración era veloz e intensa, y la vecina lo miraba fijamente. Él se paralizó del miedo. La mirada de la cuarentona se cruzaba ferozmente con esa patética escena de hormonas incontrolables. Ya los pensamientos del joven se habían alejado del erotismo y se metían en golpes, gritos horrorizados de la vecina y su madre, e incluso una llamada a la policía. Le ordenó a sus manos parar, pero ellas no quisieron. Su cuerpo seguía la mecánica acción y los ojos de la vecina se clavaban extrañamente en el joven. ¿Por qué lo miraba? ¿Por qué no corría a acusarlo? ¿Por qué no acababa con este sufrimiento? Ella miraba ferozmente. Seguramente este horrorizado pensó el chico, impotente ante tal horrendo espectáculo. Y la vecina lo miraba. Y fue un segundo que ella se detuvo a pensar. Aquel grotesco joven, lo miraba con un deseo asqueroso. Se cuestionaba hacia cuánto rato, o peor, hacia cuantos días, que ese chico quien era incapaz de detener tan impuro acto a la vista de todos, la estaba mirando. Y ella podía sentir como la desnudaba con la mirada y quiso taparse con las manos. Y en el segundo siguiente a esos pensamientos de indignación, lo reconoció. Lo vio en sus ojos. Vio en esos ojos inmaduros y secos, a su marido. Su marido quien hacía tiempo murió. Y su marido quien fue el último que la vio con esos ojos. Hacía tanto tiempo ya. Y entonces bajo los brazos, no se tapó más. Aquella extraña escena finalizó. Indignación, odio, placer, humillación, sexo, vergüenza. Todo eso atravesó ese momento. Y el joven se encontraba pálido y llorando en su cuarto. Todo había acabado, todo el mundo se derrumbaba. Ya podía sentir las miradas de indignación en el barrio. Él iba a ser reconocido únicamente como aquel de manos inquietas. Se encontraba solo en su casa. Y ya esperaba la visita de la policía para llevárselo por actos indecentes o peor, de su vecina, quien lo retaría furiosamente y esperaría a que su madre llegase para que, entre las dos, le den su merecido. ¿Por qué se lo había quedado mirando? ¿Quería fotografiarlo en su mente para no olvidarse el sentimiento de indignación a la hora de reprenderlo? ¿Se había quedado inmóvil ante tal cursi acto? ¿Le había gustado tal vez? El joven encontró un brevísimo consuelo en esa idea. En los tantos videos prohibidos que había visto era una situación común, y tal vez una mujer solitaria y sin marido encontraría consuelo en un joven impetuoso como él. Imposible. El joven se volvió a castigar mentalmente por haberse dado cuenta que una mujer hermosa y correcta como su vecina caería ante tal puberto odioso. El timbre lo distrajo. El terror lo inundó y casi rompió en llanto. ¿Quién es? Grito temeroso, esperando a la vecina enfurecida, a su madre o a la policía, o tal vez a su madre la vecina y la policía para que el castigo venga de todos lados. "Tu vecina", alcanzo a oír el joven y se dirigió a abrir. Es curioso, pensó, no grito tanto como él creía, y abrió la puerta.